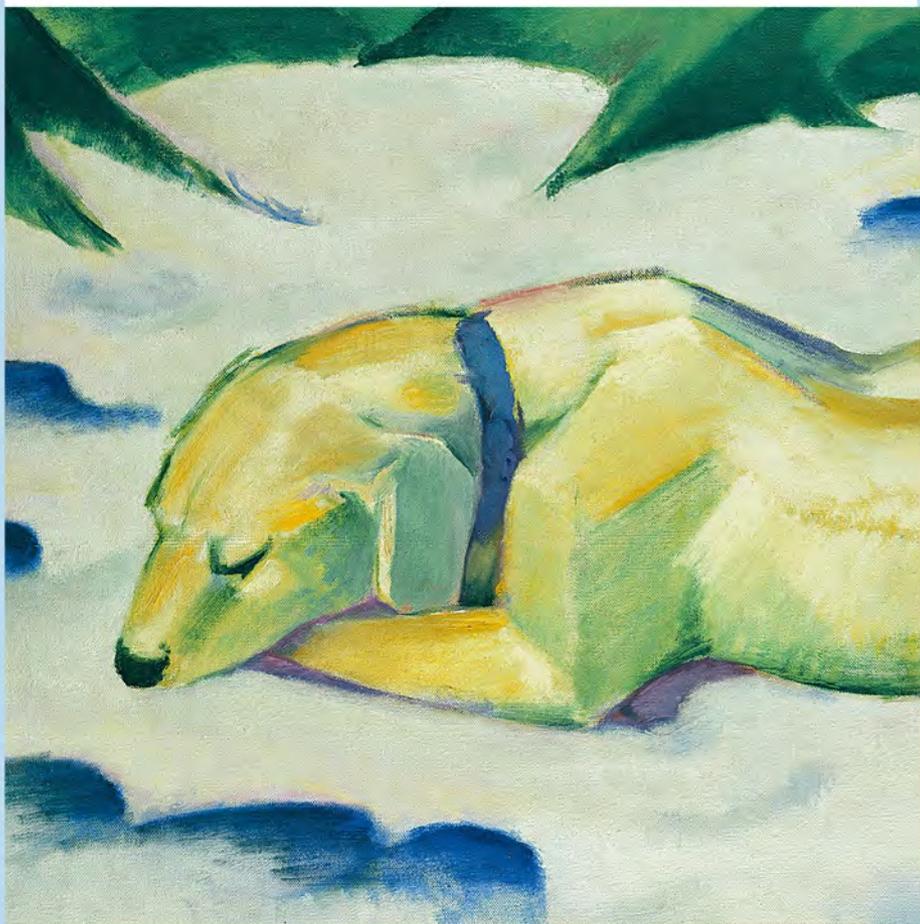


CARLOS EUGENIO LÓPEZ

El suicidio de Saúl



El suicidio de Saúl

COLECCIÓN
LITERADURA

Carlos Eugenio López

El suicidio de Saúl



Primera edición: mayo de 2017

© Carlos Eugenio López, 2017

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2017
c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)
www.funambulista.net

IBIC: FA

ISBN: 978-84-946164-9-5
Dep. Legal: M-13701-2017

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Perro tumbado en la nieve*, Franz Marc, 1911

Producción gráfica: Orymu Artes Gráficas

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

El suicidio de Saúl

A María. También por los días en que no fuimos dichosos.

Solo hay un error innato: el de que existimos para ser felices.

ARTHUR SCHOPENHAUER, *Escritos póstumos III*, 570

Pero hice por ellos lo que nadie quiso hacer por mí:

decir, a sus esperanzas, no.

ANTONIO DI BENEDETTO, *Zama*

CUANDO LE VI MONTAR el rifle, la imagen que tenía de mi amo se quebró como uno de esos traicioneros huesos de pollo que, al atravesarse en la garganta, ponen en serio peligro tu existencia. ¿Podía aquel hombre, de quien tan elevada opinión me había acabado formando, haber decidido iniciarse en el degradante deporte de la caza?

Por fortuna, mis temores carecían de fundamento. Ni era su propósito someterme a las sevicias de alguna extenuante expedición a través de lomas y matojos ni, mucho menos, le permitía su estricto código moral poner caprichoso fin a la vida de ninguna inocente criatura salvaje. Aunque, a tenor de lo acontecido después, abrigo muy pocas esperanzas de que alguien coincida conmigo en considerar afortunado que tal arma jamás acabase siendo utilizada en actividades cinegéticas.

Soy la persona (en el sentido que Leibniz le da al término; es decir, el ser pensante e inteligente, capaz de razón y de reflexión) que mejor conoce el caso. Tal vez la única que pueda decir con propiedad que lo conoce. Y, sin embargo, nadie me ha llamado a declarar en el juicio. No es que lo lamente; al contrario, la experiencia me habría resultado engorrosa y, a buen seguro, finalmente frustrante. Pero es triste.

Mi vida se unió a la del inculgado, como ahora le denominan en los trámites judiciales, hace casi exactamente siete años, en un día lluvioso y desapacible como hoy. Llevaba yo cerca de tres meses en la perrera municipal y empezaba a descartar la eventualidad de salir de ella con vida. De modo que, cuando vi aparecer en el pasillo a aquel hombre con un conspicuo parche de cuero en el ojo izquierdo, no me hice demasiadas ilusiones. Aun en el muy improbable caso de que se interesase por mí, pensé, el empleado correspondiente acabaría haciéndole recapacitar. Por más que urgía vaciar las perreras, las normas del establecimiento impedían darme en adopción sin advertir a los interesados de mi díscolo carácter y mi escasa, por no decir nula, afición a la zalema y la gollería.

—¿Cómo se llama? —preguntó el tuerto al funcionario municipal que le acompañaba en la visita, mientras, por el ojo bueno, me dirigía una mirada en la que, pese a mi resignado escepticismo, creí descubrir el brillo de una disposición compasiva.

—Bobby —respondió el funcionario.

—¡Qué nombre tan estúpido! —gruñó entre dientes el tuerto—. Se llamará Schopenhauer.

Me cayó bien el tipo, un hombre alto y delgado, de barba entrecana y quizá más próximo a los sesenta que a los cincuenta años. Sin saber, a aquellas alturas de mi adolescencia, quién era Schopenhauer, ciertamente no se me podía ocurrir un nombre más estúpido que Bobby para un perro como yo.

MI RECIÉN ADQUIRIDO AMO vivía en un ático sin ascensor en el casco antiguo de la ciudad, al que, no obstante los catorce tramos de escalera que lo separaban del nivel de la calle, llegué sin fatiga, aunque no sin un punto de recelo. El tuerto, insisto, me había producido una favorable impresión inicial; pero su comportamiento durante el trayecto desde la perrera a su casa no cesó de darme motivos de inquietud. No hubo indisciplina viaria, por insignificante e inocua que fuese, que no censurara con severidad, ni comentario de carácter general que no pusiese de manifiesto una amarga cosmovisión. Se trataba, evidentemente, de un ser soturno e irritable.

La casa en que entramos era, además, tenebrosa, y la atmósfera en su interior, enrarecida y sofocante. Las ventanas, cerradas a cal y canto, se hallaban unánimemente protegidas

por gruesas cortinas, y las paredes estaban sin excepción cubiertas de libros, que entonces me parecieron encuadernados en tonos lúgubres y deprimentes, y más tarde supe que, a la par de eso, versaban en buen número sobre materias en apariencia tan poco regocijantes como la naturaleza del mal en el mundo, el fracaso, la desilusión o la muerte. En la casa no entraba ni un rayo de luz exterior, y sobre lo que pudiese acontecer más allá de sus muros no cabía sino especular, pues dentro de la vivienda no se percibía ni siquiera el rumor del tráfico. A aquellas alturas de mi vida, si no conocía aún a Schopenhauer, tampoco tenía la menor idea de qué era un hipogeo, pero, de haberlo sabido, me habría dicho que aquel hombre vivía en un hipogeo. Elección inmobiliaria esta que, incluso sin ser aún capaz de denominar, me produjo un notable desasosiego.

Tras cerrar la puerta, acolchada contra el ruido y blindada contra no sé qué potenciales enemigos, mi amo se dirigió sin embargo a mí en términos que, hambriento como yo estaba, me hicieron considerar más positivamente la situación.

—¿Comerás longaniza, supongo? —dijo—. En casa no creo que haya otra cosa. Tendrás que acostumbrarte; no soy el tipo de persona que preste excesiva atención al avituallamiento.

Incapaz de verbalizar mi entusiasmo, no pude sino manifestar mi asenso con un instintivo rabeo, por mucho que,

ya entonces, me repugnase el gesto, harto más apropiado en un Bobby que en un Schopenhauer. Pero no había acabado mi amo su frase, ni yo mi rabeo, cuando, del modo más natural del mundo, alzó la mano hacia la parte posterior de su cabeza y se quitó limpiamente el parche que le cubría el ojo, dejando ver un globo ocular que en nada denotaba dificultad alguna de visión.

Me quedé de piedra. ¿Qué significaba aquello?

—No te asustes —intentó tranquilizarme mi amo, esbozando una melancólica sonrisa, al percibir el inquietante impacto que me había producido la escena—. A poco que crezcas, comprenderás que el mundo no merece ser mirado con los dos ojos. Aun visto solo con uno, da demasiado asco.

Por primera y única vez en mi vida, me alegré de carecer de cuerdas vocales susceptibles de articular los sonidos necesarios a la expresión del pensamiento conceptuado: ¿qué podía reponer yo a lo manifestado por aquel bípedo estrafalario?, ¿qué quería, en realidad, decirme con semejante aseveración?

Siete años después, creo haberlo comprendido. Al menos hasta el extremo que uno puede comprender algo cuando ello exige entender las verdaderas motivaciones de los otros. Bajo la desconcertante concha de su excentricidad y su aspereza, mi amo era un hombre esencialmente bueno, por más que agrio y, a qué negarlo, hasta cruel en según qué

momentos. Esa era la razón por la que cerraba las ventanas y le resultaba insoportable salir a la calle sin taparse por lo menos un ojo. Ese, el motivo por el que compró aquel rifle e hizo aquellos disparos. No podía soportar el espectáculo de tanta maldad y de tanto dolor cotidianos.

Y ahora los periódicos lo califican no solo de psicópata, sino también de compulsivo *voyeur*. Cuesta concebir mayor desatino.